
La Boda del Lugarteniente Laré

Guy de Maupassant

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 204

Título: La Boda del Lugarteniente Laré

Autor: Guy de Maupassant

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 19 de mayo de 2016

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info/>

La Boda del Lugarteniente Laré

Un destacamento francés al mando de un eficiente oficial, el lugarteniente Laré, se encuentran en el bosque con un anciano y su hija. Ésta, fatigada y enferma, es objeto de los cuidados exquisitos de la tropa.

Desde el comienzo de la campaña, el lugarteniente Laré arrebató a los prusianos dos cañones. Su general le dijo: "Gracias lugarteniente", y le entregó la cruz de honor.

Como él era tan prudente como valiente, sutil, inventivo, lleno de astucias y recursos, se le confió un centenar de hombres y organizó un servicio de exploradores que, en las retiradas, salvó muchas veces a la armada.

Pero como un mar desbordado, la invasión penetraba por toda la línea fronteriza. Se trataba de enormes oleadas de hombres que llegaban, unos a continuación de los otros, dejando tras ellos un desecho de merodeadores. La brigada del general Carrel, separada de su división, retrocedía sin cesar, batiéndose día tras día, pero se mantenía casi intacta, gracias a la vigilancia y celeridad del lugarteniente Laré, que parecía estar por todas partes al mismo tiempo, desbarataba todas las artimañas del enemigo, burlaba sus previsiones, desorientaba a sus ulanos, asesinaba sus avanzadillas.

Una mañana, el general lo hizo llamar:

"Lugarteniente —dijo— tengo aquí un despacho del general de Lacère que está perdido si nosotros no llegamos en su auxilio mañana al amanecer. Está en Blainville, a ocho horas de aquí. Usted partirá al caer la noche con trescientos hombres que irá relevando a lo largo del camino. Yo les seguiré dos horas después. Estudie la ruta con atención; temo encontrar una división enemiga.

El frío era intenso desde hacía ocho horas. Dos horas antes la nieve comenzó a caer; por la noche la tierra estaba cubierta y densos remolinos blancos hacían volar los objetos más próximos. A las seis, el

destacamento se puso en marcha. Dos hombres iban en avanzadilla, solos, trescientos metros por delante. Después venía un pelotón de diez hombres bajo las órdenes del propio lugarteniente. El resto avanzaba a continuación en dos largas columnas. A trescientos metros sobre el flanco de la pequeña tropa, a derecha e izquierda, algunos soldados iban de dos en dos. La nieve, que caía sin parar, les cubría de un blanco polvo en la sombra; ésta no se derretía sobre sus ropas, de forma que, a medida que oscurecía, apenas manchaban la palidez uniforme del campo.

Hacíamos una parada de vez en cuando. En esos momentos no escuchábamos más que el innumerable arrugamiento de la nieve que cae, más sensación que ruido, suave murmullo, siniestro y vago. Una orden se comunicaba en voz baja, y, cuando la tropa volvía a ponerse en marcha, dejaba detrás de ella como una especie de fantasma blanco por encima de la nieve. Poco a poco se iba borrando y terminaba por desaparecer. Eran los escalafones jerárquicos los que debían guiar a la armada.

Los exploradores ralentizaron su marcha. Algo se alzaba delante de ellos.

"Girad hacia la derecha, dijo el lugarteniente, es el bosque de Ronfé; el castillo se encuentra más hacia la izquierda".

Rápidamente la palabra: "¡Alto!" circuló. El destacamento se paró y esperó al lugarteniente que, acompañado solamente de diez hombres, llevaba a cabo un reconocimiento hasta el castillo.

Avanzaban, arrastrándose bajo los árboles. De repente todos se quedaron inmóviles. Una calma horrorosa planeó sobre ellos. Después, muy cerca, una vocecita clara, musical y joven atravesó el silencio del bosque. Decía:

"Padre, vamos a perdernos en la nieve. No llegaremos jamás a Blainville."

Una voz más fuerte respondió:

"No temas nada, hijita, conozco el país como la palma de mi mano".

El lugarteniente dijo algunas palabras, y cuatro hombres se alejaron, como sombras, sin hacer ruido.

De repente un grito de mujer, agudo, se elevó en la noche. Dos prisioneros comparecieron ante él: un anciano y una niña. El lugarteniente los interrogó, siempre con voz baja.

"—¿Vuestro nombre?

—Pierre Bernad.

—¿Vuestra profesión?

—Bodeguero del conde de Ronfé.

—¿Es vuestra hija?

—Sí.

—¿A qué se dedica?

—Es costurera del castillo.

—¿A dónde os dirigís?

—Huimos.

—¿Por qué?

—Doce fulanos han pasado esta noche. Han fusilado a tres guardas y colgado al jardinero; yo he tenido miedo por la pequeña.

—¿A donde vais?

—A Blainville.

—¿Por qué?

—Porque allí hay una armada francesa.

—¿Conocéis el camino?

—Perfectamente.

—Muy bien: seguidnos."

Reunimos a la columna, y comenzó la marcha campo través. Silencioso, el anciano se mantenía a los lados del lugarteniente. Su hija iba cerca de él. De repente se paró: " Padre —dijo— estoy tan cansada que no iré más

lejos". Y se sentó. Temblaba de frío parecía dispuesta a morir. Su padre quiso llevarla. Era demasiado viejo y demasiado débil.

—"Mi lugar teniente —dijo sollozando— nosotros entorpeceríamos vuestra marcha. Francia ante todo. Dejados."

El oficial había dado una orden. Algunos hombres habían partido. Volvieron con ramas cortadas. Entonces, en un minuto, fue hecha una litera. El destacamento entero las había reunido.

"Allá hay una mujer que se muere de frío, dijo el lugarteniente; ¿quién quiere donar su abrigo para cubrirla?"

Doscientos abrigos se quitaron a la vez.

"¿Y ahora, quién quiere llevarla? "

Todos los brazos se ofrecieron. La joven fue envuelta con estas cálidas capotas de soldado, acostada suavemente sobre la litera y después cuatro robustas espaldas la levantaron; y, como una reina de Oriente llevada por sus esclavos, fue colocada en el medio del destacamento, que retomó su marcha con más intensidad, más ánimo, más alegre, estimulado por la presencia de una mujer, esta soberana musa que ha hecho llevar a cabo tantos prodigios a la vieja sangre francesa.

Al cabo de una hora nos paramos de nuevo y todo el mundo se acostó sobre la nieve. Allá abajo, en el medio de la llanura, se extendía una gran sombra negra. Era como un monstruo fantástico que se alargaba tal que una serpiente, después, de repente, se encogía en una bola, cogía impulsos vertiginosos, se paraba, volvía a partir sin cesar. Las órdenes circulaban en murmullos entre los hombres y, de vez en cuando, un ruidito seco y metálico crujía. La forma errante se aproximó bruscamente, y la vimos venir al trote, uno detrás de otro, doce ulanos perdidos en la noche. Un fulgor terrible les mostró de repente doscientos hombres acostados delante de ellos. Una detonación rápida se perdió en el silencio de la nieve, y los doce, con sus doce caballos, cayeron.

Esperamos mucho tiempo. Después retomamos la marcha.

El anciano que habíamos encontrado servía de guía.

Por último, una voz muy lejana gritó: "¡Quién vive!" Otra más próxima

respondió con una orden. Esperamos de nuevo; se entablaban conversaciones. La nieve había dejado de caer. Un viento frío barría las nubes, y detrás de ellas, más alto, innumerables estrellas centelleaban. Palidecieron y el cielo se volvió rosa hacia el Oriente.

Un oficial de rango mayor vino a recibir al destacamento. Pero como él preguntaba a quien llevábamos en la litera, ella se movió; dos manecitas apartaron los gruesos capotes azules, y, rosa como la aurora, con unos ojos más claros que las estrellas que habían desaparecido, y una sonrisa luminosa como el sol que se levantaba, una bonita figura respondió:

—"Soy yo, señor".

Los soldados, locos de alegría, aplaudieron y llevaron a la joven triunfalmente hasta el medio del campo, donde se custodiaban las armas. Poco después el general Carrel llegaba.

A las nueve los prusianos atacaban.

Estos se batieron en retirada a medio día.

Por la tarde, como el lugarteniente Laré, muerto de cansancio, se quedaba dormido sobre un haz de paja, vinieron a buscarlo de parte del general. Él se encontró bajo su tienda, charlando con el anciano que había encontrado en la noche.

Tan pronto como hubo entrado, el general le tomó por la mano y dirigiéndose al desconocido:

"Querido conde —dijo— he aquí al joven del que me hablabais hace un rato; uno de mis mejores oficiales". Sonrió, bajó la voz y añadió: " El mejor".

Después, girándose hacia el estupefacto lugarteniente, le presentó "el conde de Ronfé—Quédissac".

El anciano le tomó las dos manos:

"Mi querido lugarteniente —dijo— usted ha salvado la vida de mi hija, yo no tengo más que un medio de daros las gracias...en unos meses venid a decirme...si ella os gusta..."

Un año después, en la iglesia de Santo Tomás de Aquino, el capitán Laré se casaba con la señorita Louise—Hortense—Geneviève de

Ronfé—Quédissac. Ella aportaba seiscientos mil francos de dote y era, se decía, además, la boda más hermosa que pudimos ver aquel año.

Guy de Maupassant



Henry René Albert Guy de Maupassant (Dieppe, 5 de agosto de 1850 - París, 6 de julio de 1893) fue un escritor francés, autor principalmente de cuentos, aunque escribió seis novelas. Para el historiador del terror Rafael Llopis, Maupassant, perdido en la segunda mitad del siglo XIX, se encuentra muy lejano ya del furor del Romanticismo, es «una figura singular, casual y solitaria».

Tuvo una infancia como la de cualquier muchacho de su edad, si bien su

madre lo introdujo a edad temprana en el estudio de las lenguas clásicas. Su madre, Laure, siempre quiso que su hijo tomara el testigo de su hermano Alfred Le Poittevin, a la sazón íntimo amigo de Flaubert, cuya prematura muerte truncó una prometedor carrera literaria. A los doce años, sus padres se separaron amistosamente. Su padre, Gustave de Maupassant, era un indolente que engañaba a su esposa con otras mujeres. La ruptura de sus padres influyó mucho en el joven Guy. La relación con su padre se enfriaría de tal modo que siempre se consideró un huérfano de padre. Su juventud, muy apegada a su madre, Laure Le Poittevin, se desarrolló primero en Étretat, y más adelante en Yvetot, antes de marchar al liceo en Ruan. Maupassant fue admirador y discípulo de Gustave Flaubert al que conoció en 1867. Flaubert, a instancias de la madre del escritor de la cual era amigo de la infancia, lo tomó bajo su protección, le abrió la puerta de algunos periódicos y le presentó a Iván Turgénev, Émile Zola y a los hermanos Goncourt. Flaubert ocupó el lugar de la figura paterna. Tanto es así, que incluso se llegó a decir en algunos mentideros parisinos que Flaubert era el padre biológico de Maupassant.

El escritor se trasladó a vivir a París con su padre tras la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870. Comenzó a estudiar Derecho, pero reveses económicos familiares y la mala relación con su padre le obligaron a dejar unos estudios que, de por sí, ya no le convencían y a trabajar como funcionario en varios ministerios, hasta que publicó en 1880 su primera gran obra, «Bola de sebo», en Las veladas de Médan, un volumen naturalista preparado por Émile Zola con la colaboración de Henri Céard, Paul Alexis, Joris Karl Huysmans, Léon Hennique. El relato, de corte fuertemente realista, según las directrices de su maestro Flaubert, fue calificado por este como una obra maestra. Hoy está considerado como uno de los mejores relatos de la historia de la literatura universal.

Su presencia en Las veladas de Médan y la calidad de su relato, permite a Maupassant adquirir una súbita y repentina notoriedad en el mundo literario. Este éxito será el trampolín que lo convertirá en autor de multitud de cuentos y relatos (más de trescientos). Sus temas favoritos son los campesinos normandos, los pequeños burgueses, la mediocridad de los funcionarios, la guerra franco-prusiana de 1870, las aventuras amorosas o las alucinaciones de la locura: La Casa Tellier (1881), Los cuentos de la becada (1883), El Horla (1887), a través de algunos de los cuales se transparentan los primeros síntomas de su enfermedad.

Su vida parisina y de mayor actividad creativa, transcurrió entre la mediocridad de su trabajo como funcionario y, sobre todo, practicando deporte, en particular el remo, al que se entregaba con denuedo en los pueblos de los alrededores de París a los que regaba el Sena en compañía de amistades de dudosa reputación. Vida díscola y sexualmente promiscuo, jamás se le conoció un amor verdadero; para Maupassant el amor era puro instinto animal y así lo disfrutaba. Escribió al respecto: «El individuo que se contente con una mujer toda su vida, estaría al margen de las leyes de la naturaleza como aquél que no vive más que de ensaladas». Y por añadidura, el carácter dominante de su madre lo alejó de cualquier relación que se atisbase con un mínimo de seriedad.

Lucien Litzelmann

Detrás de su carácter pesimista, misógino y misántropo, se encontraba la poderosa influencia de su mentor Gustave Flaubert y las ideas de su filósofo de cabecera, Schopenhauer. Abominaba de cualquier atadura o vínculo social, por lo que siempre se negó a recibir la Legión de Honor o a considerarse miembro del cenáculo literario de Zola, al no querer formar parte de una escuela literaria en defensa de su total independencia. El matrimonio le horrorizaba; suya es la frase "El matrimonio es un intercambio de malos humores durante el día y de malos olores durante la noche". No obstante, pocos años después de su muerte, un periódico francés, L'Eclair, da cuenta de la existencia de una mujer con la que Maupassant habría tenido tres hijos. Esta persona, identificada en ocasiones por algunos biógrafos con la "mujer de gris", personaje que aparece en las Memorias de su criado François Tassart, se llamaba Josephine Litzelmann y era natural de Alsacia y, sin duda, judía. Los hijos se llamaban Honoré-Lucien, Jeanne-Lucienne y Marguerite. Si bien sus supuestos tres hijos reconocieron ser hijos del escritor, nunca desearon la publicidad que se les dio.

Atacado por graves problemas nerviosos, síntomas de demencia y pánico heredados (reflejados en varios de sus cuentos como el cuento "Quién sabe", escrito ya en sus últimos años de vida) como consecuencia de la sífilis, intenta suicidarse el 1 de enero de 1892. El propio escritor lo confesó por escrito: «Tengo miedo de mí mismo, tengo miedo del miedo, pero, ante todo, tengo miedo de la espantosa confusión de mi espíritu, de mi razón, sobre la cual pierdo el dominio y a la cual turbia un miedo opaco y misterioso». Tras algunos intentos frustrados, en los que utilizó un

abrecartas para degollarse, es internado en la clínica parisina del Doctor Blanche, donde muere un año más tarde. Está enterrado en el cementerio de Montparnasse, en París.

En cuanto a su narrativa corta, son especialmente destacables sus cuentos de terror, género en el que es reconocido como maestro, a la altura de Edgar Allan Poe. En estos cuentos, narrados con un estilo ágil y nervioso, repleto de exclamaciones y signos de interrogación, se echa de ver la presencia obsesiva de la muerte, el desvarío y lo sobrenatural: ¿Quién sabe?, La noche, La cabellera o el ya mencionado El Horla, relato perteneciente al género del horror.

Según Rafael Llopis, quien cita al estudioso de lo fantástico Louis Vax, «El terror que expresa en sus cuentos es exclusivamente personal y nace en su mente enferma como presagio de su próxima desintegración. [...] Sus cuentos de miedo [...] expresan de algún modo la protesta desesperada de un hombre que siente cómo su razón se desintegra. Louis Vax establece una neta diferencia entre Mérimée y Maupassant. Éste es un enfermo que expresa su angustia; aquel es un artista que imagina en frío cuentos para asustar. [...] Este temor centrípeto es centrífugo en Maupassant. "En 'El Horla' -dice Vax- hay al principio una inquietud interior, luego manifestaciones sobrenaturales reveladas solo a la víctima; por último, también el mundo que la rodea es alcanzado por sus visiones. La enfermedad del alma se convierte en putrefacción del cosmos"».

Maupassant publicó asimismo cinco novelas de corte mayormente naturalista: Una vida (1883), la aclamada Bel-Ami (1885) o Fuerte como la muerte (1889), Pedro y Juan, Mont-Oriol y Nuestro corazón. Escribió bajo varios seudónimos: Joseph Prunier en 1875, Guy de Valmont en 1878, Maufrigneuse de 1881 a 1885. Menos conocida es su faceta como cronista de actualidad en los periódicos de la época (Le Gaulois, Gil Blas, Le Figaro...) donde escribió numerosas crónicas acerca de múltiples temas: literatura, política, sociedad, etc.

(Información extraída de la Wikipedia)